

La música como pensamiento

Mark Evan Bonds

El Acantilado, Barcelona, 2014, 304 págs.
ISBN 978-84-16011-16-2

Hasta finales del siglo XVIII, la música instrumental estaba subordinada a la voz. Incluso Kant afirmaba que la música sin texto era "placer, más que cultura", y Rousseau la desdénaba porque no permitía expresar ideas. Sin embargo, en unas

pocas décadas todo cambió radicalmente, y la música instrumental pasó a ser considerada un medio de conocimiento, precisamente por no estar sujeta a las limitaciones del lenguaje. Mark Evan Bonds, profesor de Musicología en la Universidad de Carolina del Norte, nos explica

este cambio de mentalidad. Es un libro que hará las delicias de los melómanos.



Inteligencias múltiples

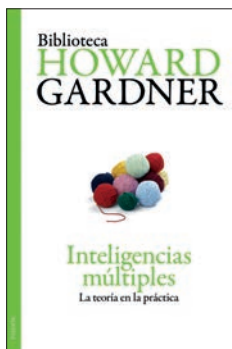
Howard Gardner

Paidós, Barcelona, 2011, 384 págs.
ISBN 978-84-493-2594

No existe una única inteligencia, sino distintas capacidades humanas independientes. La teoría de las

inteligencias múltiples de Howard Gardner ha revolucionado la pedagogía y la educación desde que fuera esbozada hace más de 30 años. Para Gardner existen diferentes inteligencias: lingüística, lógico-formal, espacial, musical, corporal y cinética, interper-

sonal e intrapersonal, todas ellas entendidas como potenciales biológicos en bruto. La tarea de descubrirlas debe ser la gran misión educativa. Y la de cada individuo, aprender a combinarlas.



Fuego y cenizas. Éxito y fracaso en política

Michael Ignatieff

Taurus, Madrid, 2014, 256 págs.
ISBN 978-84-30609550

De su poco afortunado paso por la política canadiense, el politólogo Michael Ignatieff, catedrático en Harvard, nos ofrece este interesante libro, a caballo entre unas memorias personales y un

análisis de la política actual. Ignatieff, que llegó a ser líder del Partido Liberal, nos ofrece un testimonio convincente y emocionante, al mismo tiempo que un brillante análisis. A pesar de su sonoro fracaso en su carrera política, Ignatieff está más convencido que nunca de la impor-



tancia y la necesidad de la política. Un relato verdaderamente honesto y lúcido.

CONTRASEÑAS Gabriel Rodríguez

Aprender de 1914

En julio se cumple el centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial. Lo que empezó siendo un conflicto local entre Austria-Hungría y Serbia, a raíz del asesinato del príncipe heredero de la corona imperial, se acabó convirtiendo, después de frenéticas jornadas de diplomacia y cruces de telegramas, en el mayor conflicto bélico que vivía Europa desde las guerras napoleónicas. Y en el más mortífero y destructivo. Al producirse el asesinato de Sarajevo, nada hacía presagiar que se iba a desencadenar una catástrofe de tal magnitud. De hecho, ninguna de las grandes figuras europeas consideró que el asunto fuera tan importante como para interrumpir sus vacaciones estivales para acudir a al funeral del príncipe heredero. Un trágico error.

Europa vivía la placidez estival de una época de progreso y optimismo. Nadie se iba a preocupar por un conflicto local. El ministro de Exteriores británico observaba los pájaros de la campiña inglesa mientras su homólogo francés pasaba sus vacaciones en el Báltico. El prestigioso periódico londinense *The Times* informaba a sus lectores del derrocamiento del rey de Albania; al mismo tiempo, la opinión pública francesa estaba fascinada con el *affaire Caillaux*, la mujer del ministro de finanzas que asesinó al director de *Le Figaro*. Sin embargo, lo que parecía otra crisis balcánica se precipitó de manera trágica en solo un mes.

La opinión pública y los Gobiernos europeos creían que una guerra en Europa era impensable. Sin embargo, los Estados mayores de los diferentes ejércitos tenían minuciosos planes ofensivos en previsión de una situación que todos veían lejana. Este hecho fue uno de los desencadenantes de la guerra, pues dichos planes requerían, sobre todo,

rapidez para adelantarse al enemigo. Al mismo tiempo, eran planes inflexibles y estaban constreñidos por los sistemas de alianzas. Para los alemanes, por ejemplo, no era posible atacar Rusia sin involucrar primero a Francia. En consecuencia, y dadas las previsiones del plan Schlieffen, debían atacar primero Francia (y de paso, violar la neutralidad de Bélgica). Lo mismo ocurría con los rusos: no podían castigar a Austria-Hungría sin atacar Alemania. Una trampa diabólica.

Pero el factor humano también desempeñó un papel decisivo. Para la prestigiosa historiadora Margaret MacMillan, los protagonistas de la época no salen muy bien parados: el káiser Guillermo II de Alemania era un hombre débil y vacuo; el jefe del ejército austro-húngaro, Conrad von Hötzendorf, un auténtico "macho alfa, lo mismo cabe decir del indolente Asquith, Grey y Poincaré". En gran medida, eran hombres sin imaginación, incapaces de prever la catástrofe, y mucho menos de evitarla. O como dijo un general británico de su propio Gobierno que tomó la decisión de intervenir en la guerra, "una reunión histórica de unos hombres que, en su mayoría, ignoraban por completo lo que estaban tratando".

¿Qué podemos aprender de 1914? Debiéramos comprender que el ambiente que propició dicha guerra (nacionalismos exacerbados, ideologías, cuestionamiento de la democracia, terrorismo) está presente en nuestro tiempo. Aunque los sistemas democráticos, por ser más deliberativos, son menos propensos a cometer los errores de los sistemas autocráticos, no están exentos de fallos clamorosos de sus élites, como ha mostrado con la gran recesión actual. Nada es inevitable, a condición de que se haga frente a las situaciones con determinación.